

El desempleo

El drama del desempleo es mucho más grave de lo que nos aportan los datos de desocupación. Las personas en largas colas ante las oficinas de empleo son apenas un grupo, muchos son los que no llegan hasta ellas. Si en los inicios de 1999 se estimaban en un poco más de millón y medio los desocupados, al profundizarse la contracción económica, en estos momentos podemos decir que cerca de dos millones de venezolanos están desempleados. Y esto significa para Venezuela, la tasa más alta de desempleo desde 1967.

La situación es crítica en la industria de la construcción, donde uno de cada cuatro trabajadores está cesante, pero no es menos grave en los demás sectores; por ejemplo, en "actividades no bien especificadas y no declaradas" hay aproximadamente trescientos mil desempleados, y entre los artesanos y demás obreros uno de cada siete trabajadores no tiene trabajo.

El empobrecimiento progresivo no sólo afecta a los pobres, sino a las estratos medios, profesionales y con capacitación superior. En los grupos de empresas, de cinco o más empleos, se destruyeron cien mil puestos de trabajo. Y el sector público, que siempre había sido el piso para el ajuste del mercado laboral, generó sólo cien mil puestos de trabajo, como consecuencia de las privatizaciones y de las crisis fiscales en la década de los noventa; su disminución ha sido tanta, que hoy representa una sexta parte del empleo total. Sin embargo, el empleado o trabajador de este sector, por los beneficios de la contratación colectiva y los horarios "flexibles" es el mejor pagado, lo cual explica el atractivo y la presión permanente por un cargo público, de cualquier nivel.

El rebusque para sobrevivir

El desplazamiento hacia la informalidad ha sido obligado. Cuatro millones quinientos mil venezolanos realizan actividades informales, lo que equivale a más de la mitad de la fuerza laboral y, de ellos, tan sólo un millón puede identificarse como "buhoneros" o comerciantes. El 40 por ciento de las mujeres y el 43 por ciento de los jóvenes están excluidos del

mercado laboral. Y si esta situación, que habla por sí sola, se vincula al problema de los ingresos, veremos la profundidad de la crisis. El 40 por ciento de las mujeres que tienen trabajo, no alcanzan a ganar ni siquiera el salario mínimo y, en general, un tercio de los trabajadores recibe ingresos ligeramente inferiores al mismo. Si los que tienen trabajo tienen problemas para sobrevivir a partir de su trabajo, podemos estar conscientes del descontento y desmoralización de aquellos que ni siquiera ven en el horizonte la posibilidad de superar la exclusión que ello significa.

Esta realidad no admite comisiones de estudio, ni investigaciones de largo plazo. Requiere decisión y acción. Hay que reestructurar el mercado laboral, hay que impulsar la inserción de los jóvenes y de las mujeres, todo ello es necesario; pero lo que es perentorio, que no admite diferimiento, es la necesidad de respuesta inmediata a las miles de familias excluidas de un ingreso mínimo, para poder manejar la transición de nuestras estructuras económicas y productivas. Los logros macroeconómicos no llegan a la mesa del desempleado.

Las caras ocultas del desempleo

La mayoría de los informes sobre la distribución del ingreso no reflejan la privación, pérdida de libertad y estima que acompañan las condiciones de desempleado. Muchos piensan que con transferencias o subsidios del Estado es posible solucionar lo inmediato. Pero la situación dista de eso, porque además de la carga fiscal que ello implica, estos mecanismos debilitan la iniciativa, son indiferentes a las capacidades de cada quien y limitan la libertad de escogencia de las personas. Ellos pueden contribuir aún más a la exclusión social, con la consecuente pérdida de la seguridad, de la confianza, de la reafirmación de sentimientos de inutilidad económica y, por ende, al crecimiento de las crisis familiares, de la expansión de la delincuencia y de las drogas, como vías de subsistencia.

El empleo es un modo de vida. Es un hecho que los seres humanos prefieren el dominio de una habilidad o el sentirse útiles económica y socialmente, a la propiedad de bienes exteriores. Anteponen el ingreso, cuya fuente es el trabajo, y defienden el mismo a cualquier costo.

El valor del trabajo no radica solamente en la clase de trabajo realizado, sino en reconocer que quien lo ejecuta es una persona. La dignidad de la persona es lo que constituye la base del trabajo. El desempleo impacta directamente en la dignidad, debilitando progresivamente las dimensiones de la libertad y de la convivencia social.

No debe extrañar, por lo tanto, el desbordamiento de la inseguridad y de la violencia, especialmente en un país de jóvenes, en donde ellos son precisamente los de más escasas oportunidades de trabajo.

El sol no puede taparse con un dedo

La caída sistemática de la inversión y del ingreso nacional por más de veinte años, es determinante en el empobrecimiento general. Los buenos precios del barril petrolero, que además -como ya conocemos por experiencia- es una coyuntura, no eliminan el impacto del recorte en la inversión y la productividad petrolera. La inversión privada deprimida desde hace tiempo, se enfrenta a un clima de incertidumbre y de ausencia de reglas de juego. Ante la distorsión que emerge en los mensajes de amenazas, inseguridad jurídica, descalificación del sector privado y concentración en el Estado, el atractivo para la inversión extranjera es una quimera.

Por otra parte, las tendencias mundiales han transformado los mercados laborales y los sistemas de producción, generando una creciente desigualdad. Algunas de ellas son: la individualización del trabajo, que lleva a la exclusión del empleo formal a diversas categorías y que alimenta la informalidad del autoempleo o los contratos laborales individuales y temporales; la tendencia a la sobreexplotación de ciertos grupos, como son los inmigrantes, las mujeres, los niños y, en muchos casos, los mayores de cincuenta años, en donde las condiciones de trabajo están fuera de las normas del empleo formal y se

manipula con la necesidad; y los procesos, que pudiéramos llamar, de "integración perversa", esto es: la creciente fuerza de la economía criminal, en donde los riesgos personales y los beneficios económicos se convierten en un modo de vida.

La sociedad industrial fue la sociedad de la producción y del beneficio y, por lo tanto, en ella la productividad benefició más al capital, que al trabajo. Hoy, al contrario, el trabajo retoma su valor positivo, bien sea por las consecuencias destructoras del desempleo sobre la vida social, pero también por las oportunidades de empleos interesantes que no dejan de crearse. Y esta complejidad es la que hay que enfrentar sin pusilanimidad.

La prioridad del trabajo

La defensa del trabajo implica dejar de considerarlo tan sólo como una mercancía que se compra y se vende. Ante los cambios en la condiciones de la producción y la necesaria generación de riqueza, hay que hacer compatibles las políticas de empleo con la vida económica. La transformación del trabajo requiere organización y manejo de las condiciones de vida de las grandes mayorías. Las nuevas actividades exigen conocimientos que apuntan a una profunda transformación de los sistemas educativos. La defensa del trabajo también exige un sistema de protección social y de preparación a las nuevas formas de producción. Ninguna sociedad funciona con una mano de obra no calificada.

La otra cara de la moneda, esta es: la productividad del trabajo, también debe abrir espacio a una mejor productividad del capital. Un empleo en la industria clásica es altamente costoso. En las industrias del conocimiento, se trate de la investigación, de la enseñanza o del servicio a las personas, requiere muchísima menor inversión. Pero exige libertad para la innovación e interlocutores confiables. El crecimiento depende de la innovación, de capitales que inviertan en la producción más que en los circuitos financieros internacionales, de un consumo interno ascendente y de los equilibrios sociales y políticos.

La prioridad del trabajo es reconocerle su complejidad en la acción económica y política.

La inversión pública es insustituible

El rebusque y la informalidad demuestran voluntad y necesidad de trabajo, pero no inserción en el mercado laboral organizado. La especulación florece por la carencia de organización y de institucionalidad. La necesidad de adelantar un plan masivo de obras públicas es imprescindible para enfrentar el desaliento que tiende a convertirse en anomia y violencia. La inversión masiva que reaviva al sector privado, a través de sus múltiples pequeñas y medianas empresas, y al sector social con la organización de comunidades para ajustar proyectos, capacitar a la gente y enfrentar las especulaciones o las ganancias excesivas. La emergencia es una estrategia coyuntural para abrir las vías de distribución de los recursos y las oportunidades, hacia las transformaciones estructurales que no podemos seguir negando.

Es una inversión pública en donde el Estado se asocia con las regiones y los municipios, con las iniciativas locales, para reconocer la prioridad que el trabajo tiene como modo de vida y como medio de valorar el potencial de un país para construir un futuro.

Decisión y acción, es el verdadero reto de en un país donde el desaliento cunde a lo más hondo de nuestras entrañas.

Editorial